Herrero, Yayo (2014). Economía ecológica y economía feminista: un diálogo necesario. En Carrasco Bengoa, Cristina (Ed.), *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política,* pp. 219–237. Madrid: La oveja roja

ISBN: 9788416227013

Economía ecológica y economía feminista: un diálogo necesario

Yayo Herrero

El modelo de pensamiento acuñado en la sociedad occidental e intensificado a partir de la expansión hegemónica del neoliberalismo se ha desarrollado en contradicción con las bases materiales que sostienen la vida. Construida sobre cimientos patriarcales, antropocéntricos y capitalistas, la organización de nuestras sociedades actuales pone en riesgo los equilibrios ecológicos que permiten la vida humana (y la de otras especies) y amenaza con provocar un verdadero colapso ecológico y humano.

El sistema económico capitalista y todo el armazón cultural que le acompaña se han expandido sin tener en cuenta que la vida humana tiene dos insoslayables dependencias materiales. La primera es la de la naturaleza y sus límites. La segunda es consecuencia de la vulnerabilidad de la vida humana y por tanto de la imposibilidad de sobrevivir en solitario, necesitamos a lo largo de toda la vida del tiempo que otras personas nos dedican para poder llevar vidas decentes.

La sociedad capitalista ignora la existencia de límites físicos en el planeta y oculta y minusvalora los tiempos necesarios para la reproducción social cotidiana. Se extiende como un tumor, sin observar límites, a costa de la destrucción de lo que precisamente necesitamos para sostenernos en el tiempo. Se basa en una creencia peligrosa: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas.

Descubrir el andamiaje cultural que sostiene estas visiones es importante para poder diseñar las transiciones hacia otras formas de vida. La revisión de los esquemas mentales con los que comprendemos y actuamos en el mundo es tarea fundamental para poder reubicarnos como especie dentro del planeta y establecer otras relaciones diferentes que permitan situar el bienestar de las personas en equidad como prioridad social.

Teniendo en cuenta el profundo y acelerado cambio climático, el agotamiento de la energía fósil barata y de muchos minerales que sostienen el metabolismo económico y los estilos

de vida, tal y como los conocemos; siendo conscientes de la huella ecológica global creciente y desigual; sabiendo del declive del agua dulce y la alteración de los ciclos naturales, especialmente el del carbono y el nitrógeno; experimentando la profundización en las desigualdades sociales, la desresponsabilización del estado y la sociedad del cuidado de las personas; asistiendo al intento de incremento del control sobre el cuerpo de las mujeres, al aumento de la represión y el auge de los fascismos... parece ingenuo pensar en que se pueda salir de este atolladero a partir de meras reformas puntuales, por más que incluso las medidas más tibias y reformistas puedan parecer radicales ante esta ofensiva neoliberal.

En este momento crítico es necesario abordar una revisión realista, por más dura que pueda ser, de la situación en la que se encuentra la humanidad, dentro de un planeta en el que las variables ecológicas están cambiando a un ritmo acelerado y en una dirección impredecible. De seguir por este camino puede que llegue un momento en el que no sea posible, desde un punto de vista físico, acometer las transiciones necesarias para caminar hacia otro modelo diferente.

Reorientar la economía hacia un modelo justo y sostenible es urgente y las visiones convencionales no son capaces de hacerlo porque el conjunto de instrumentos y teorías que ha acuñado tienen la mirada perdida en unos indicadores económico que no dan cuenta de lo que realmente sostiene la vida humana. Al forzar la mirada en una dirección equivocada, no permiten comprender todo lo que desaparece a pasos agigantados: el suelo fértil, la capacidad de depuración de las aguas, la regulación del clima, la posibilidad de regenerar cotidianamente la vida, los stocks de energía y materiales necesarios para la supervivencia, la biodiversidad que permite que el conjunto de la biosfera se adapte a condiciones cambiantes...

La economía feminista y la economía ecológica son imprescindibles para lograr este cambio. Constituyen dos planteamientos heterodoxos que coinciden en señalar la necesidad de cambiar el foco del interés desde el dinero hacia lo que posibilita una vida buena. Cuando las economías feminista y ecológica dialogan, cuando se comparte la riqueza conceptual y política de ambas, el análisis de los problemas que cada una afronta por separado gana en profundidad y claridad.

Ambas visiones dan valor a elementos, procesos y sujetos que han sido designados por el pensamiento hegemónico como inferiores y que, siendo absolutamente cruciales para la existencia humana, han sido invisibilizados.

Repensar la economía desde esta doble lógica, la de la vida humana y la de la naturaleza, implica volver a las preguntas básicas: ¿Qué papel ocupa nuestra especie en la biosfera? ¿Cómo se sostiene la vida humana? ¿Cuáles son nuestras necesidades? ¿Cómo podemos producirlo para todos y todas? ¿Cómo nos organizamos para hacerlo?

ECODEPENDIENTES E INTERDEPENDIENTES

Los seres humanos somos una especie de las muchas que habitan este planeta y, como todas ellas, obtenemos de la naturaleza lo que necesitamos para estar vivos: alimento, agua, cobijo, energía, minerales... Por ello, decimos que somos seres radicalmente ecodependientes. En realidad somos naturaleza.

Sin embargo, las sociedades occidentales son prácticamente las únicas que establecen una ruptura radical entre naturaleza y cultura; son las únicas que elevan una pared entre las personas y el resto del mundo vivo. Concebir lo humano como opuesto y superior a la naturaleza impide comprender las relaciones de dependencia, conduce a considerar la naturaleza como un gran almacén a disposición de algunos seres humanos —los más ricos— y aboca a destruir o alterar de forma significativa la dinámica que regula y regenera lo vivo, en una tendencia absolutamente suicida.

Pero además, somos seres profundamente interdependientes. Desde que nuestra madre nos pare hasta que morimos, las personas dependemos física y emocionalmente del tiempo que otras personas nos dan. Somos seres encarnados en cuerpos vulnerables que enferman y envejecen, que son contingentes y finitos. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras —mayoritariamente mujeres debido a la división sexual del trabajo que impone el patriarcado— dedican tiempo y energía a cuidar de nuestros cuerpos.

El sistema capitalista vive de espaldas a este hecho y considera el cuerpo como una mercancía más. Y si no se asumen la vulnerabilidad de la carne y la contingencia de la vida humana, mucho menos se reconocen aquellos trabajos que se ocupan de atender a los cuerpos vulnerables. La invisibilidad de la interdependencia, la desvalorización de la centralidad antropológica de los vínculos y las relaciones entre las personas y la subordinación de las emociones a la razón son rasgos esenciales de las sociedades patriarcales: «cuanto más devaluados están en el discurso social los vínculos y las emociones, más patriarcal es la sociedad»[233]. El sistema capitalista y la ideología neoliberal viven de espaldas a la ecodependencia e interdependencia, ignoran los límites o constricciones que éstas imponen a las sociedades, así como las potencialidades para la construcción de una vida buena que tiene el hecho de considerarlas como hechos antropológicos centrales.

La economía feminista señala que existe una honda contradicción entre la reproducción natural y social de las personas y el proceso de acumulación de capital[234]. La economía ecológica señala la inviabilidad de un metabolismo económico inconsciente de los límites biogeofísicos y de los ritmos necesarios para la regeneración de la naturaleza.

El diálogo entre ambos paradigmas es, a nuestro juicio, imprescindible. Podría existir una sociedad que se ajustase a los límites del planeta, que redujese sus consumos y la generación de residuos y que, a la vez se sostuviese sobre relaciones de subordinación patriarcal. Muchas cultura, habitualmente mistificadas por personas y colectivos con sensibilidad ecologistas son profundamente patriarcales y en ellas existe una importante contestación feminista.

Por otra parte, también sería posible establecer propuestas de reorganización de los trabajos desde una perspectiva feminista que pretendan construirse sobre un modelo productivo basado en un inviable extracción de materiales y generación de residuos.

233 Almudena Hernando, *La fantasía de la individualidad*, Katz Editores, Madrid, 2012.

234 Antonella Picchio, *Social Reproduction: the political economy of Labour*, op. cit.

Por ello, creemos que ni la economía feminista, ni la economía ecológica son visiones omnicomprensivas. Cada una de ellas por separado son condición necesaria, pero no condición suficiente. Necesitan dialogar en plano de igualdad y, incluso el fruto de este diálogo deberá estar fertilizado por otras visiones de la economía política o de la economía solidaria que han realizado importantes avances en otros campos.

En este capítulo, vamos a poner, de forma consciente, un peso mayor en la dimensión aportada por la economía ecológica. No porque, insistimos en ello, creamos que existe ningún tipo de jerarquía, sino porque la dimensión de la economía feminista está desarrollada con solvencia en otras partes del libro y nos parece de gran relevancia señalar aquellos elementos que pueden complementar, enriquecer o matizar la propuesta de la economía feminista.

SOMOS EN UN MUNDO CON LÍMITES Y RESTRICCIONES

La dependencia ecológica nos sume de lleno en el problema de los límites. Vivimos en un mundo que tiene límites ecológicos. Aquello que es no renovable tiene su límite en la cantidad disponible, ya sean los minerales o la energía fósil, y aquello renovable también tiene límites ligados a la velocidad de regeneración. El ciclo del agua, por ejemplo, no se regenera a la velocidad que precisaría cultivar maíz en un secarral o instalar campos de golf en un terrero desertificado. La naturaleza funciona a un ritmo que es fruto del ajuste de procesos enormemente complejos que se han venido desarrollando a lo largo de miles de millones de años de evolución y que no pueden ser controlados por la tecnociencia.

Existen nueve límites planetarios en los procesos biofísicos que son fundamentales para garantizar la continuidad de los procesos de la naturaleza. Estos nueve límites, interdependientes entre ellos, dibujan un marco dentro del cual la humanidad puede desenvolverse con cierta seguridad[235]. Sobrepasarlos nos sitúa en un entorno de incertidumbre a partir

235 Johan Rockström, «Planetary boundaries: exploring the safe operating space for Humanity», en *Ecology and Society*, v. 14, nº 2, 2009.

del cual se pueden producir cambios a gran escala y velocidad que conduzcan a otras condiciones naturales menos favorables para la especie humana.

Los límites a los que nos referimos señalados se refieren al cambio climático, el ritmo de extinción de la biodiversidad, los ciclos del nitrógeno y el fósforo, el agotamiento del ozono estratosférico, la acidificación de los océanos, la utilización de agua dulce, los cambios de uso de suelo, la contaminación atmosférica por aerosoles y la contaminación química (plásticos, metales pesados, alteradores hormonales, residuos radiactivos, etc.). De estos nueve límites, los cuatro primeros están sobrepasados. Hoy, ya no nos sostenemos globalmente sobre la riqueza que la naturaleza es capaz de regenerar, sino que directamente se están menoscabando los bienes de fondo que permiten esa regeneración[236].

Hasta qué punto las sociedades están dispuestas a asumir los riesgos que suponen forzar los cambios en la autoorganización de la naturaleza tiene mucho que ver con las visiones hegemónicas del poder político y económico, dispuesto a casi todo con tal de obtener beneficios. Y también con el analfabetismo ecológico de las mayorías sociales que han interiorizado en sus esquemas mentales una inviable noción de progreso, de bienestar o de riqueza que resulta enormemente funcional para el sostén del sistema dominante.

Conviene no olvidar que nuestra especie está adaptada a *esta* composición de la atmósfera, a *esta* temperatura media y que hemos coevolucionado con una gran cantidad de vegetales, animales o microorganismos que son nuestros compañeros de aventura planetaria. Muchas de estas especies vivas, con las que interactuamos, desaparecen hoy a gran velocidad y cuando desaparecen se va perdiendo capacidad de adaptación humana a un entorno cada vez más cambiante.

Desde un punto de vista mucho más mecanicista, tampoco podemos olvidar que existen límites al crecimiento económico impuestos por el declive de la energía fósil barata —fundamentalmente el petróleo— y el de muchos minerales imprescindibles para sostener las sociedades tecnoindustriales.

236 Johan Rockström, op. cit.

Reorganizar el conjunto de la economía y de la sociedad requiere tener en cuenta cómo funciona la naturaleza, cuáles son sus dinámicas y cuáles son los límites que no se deben sobrepasar —o más bien—, que no se hubiesen debido sobrepasar. Por ello, nos parece que una mínima alfabetización ecológica es absolutamente imprescindible para cualquiera que pretenda establecer propuestas de cambio. De no hacerlo podemos caer en el error de apostar por salidas de corte neokeynesiano, inviables desde el punto de vista físico.

LOS MITOS BIOCIDAS DE LAS SOCIEDADES CAPITALISTAS

Estamos de acuerdo con Hernando cuando que señala que «no tendríamos la subjetividad que tenemos si no utilizáramos la cultura material que utilizamos, ni tendríamos la cultura material que utilizamos si no tuviésemos la subjetividad que tenemos»[237]. Por ello, a la vez que intentamos intervenir en el plano político y socioeconómico para transitar a un mundo justo y sostenible, también resulta fundamental analizar y comprender sobre qué piso se sostiene nuestra cultura, cuáles son los dogmas y mitos a través de los que interpretamos y actuamos en todo lo que nos rodea para intentar influir en los imaginarios que los sostienen.

La ficción capitalista de la existencia de un sistema económico autorregulado, ha provocado importantes desajustes, no sólo en la economía, sino también en el modelo social, en la concepción de la persona y en los imaginarios colectivos. Polanyi denominó «la gran transformación» a la mutación que supuso abrazar esta fe. Señaló cómo la puesta en marcha de la nueva ciencia económica disparaba un mecanismo que funcionaba con la única motivación de la ganancia. El resultado «sólo fue comparable en eficacia al estallido más violento del fervor religioso en la historia».

La economía convencional se apoya en esas creencias que conviene desvelar para recomponer un conocimiento que permita reorientar, tanto la economía como la sociedad. Las

237 Almudena Hernando, op. cit.

visiones de la economía ecológica y la economía feminista son absolutamente centrales en esa tarea desmitificadora.

Primer mito del fundamentalismo económico: la producción puede desvincularse de la vida

La economía capitalista reduce el concepto de valor al de precio. Sólo tiene valor económico aquello que se puede expresar en unidades monetarias, desplazándose el peso desde el valor de uso y la satisfacción de necesidades al valor de cambio y la generación de beneficios.

Esta reducción hace desaparecer del campo de análisis económico todo aquello que no se compra ni se vende. Una buena parte de lo que tiene que ver con la ecodependencia y la interdependencia desaparece de la economía, aunque siga siendo imprescindible para mantener la vida. La reducción del campo del valor a lo exclusivamente monetario expulsa de la economía la complejidad de la regeneración natural y todos los trabajos humanos que no formaban parte de la esfera mercantil, pasan a ser invisibles.

Frente a las primeras nociones de producción que estableció la ciencia económica, basadas en la capacidad de acrecentar las riquezas que producía la naturaleza sin menoscabar la base física que permitía la regeneración cíclica, la conceptualización que realiza la economía capitalista supone un giro de una enorme trascendencia sociocultural. La producción pasa a ser cualquier proceso en el que se produce un aumento de valor, medido en términos exclusivamente monetarios. Se confunde la producción con la simple extracción, alejando de la cabeza de las personas la idea de límite, y asentando el mito de que es posible «producir» industrialmente y a voluntad aquello que se precisa para mantenerse vivo.

Cuando la producción se mide exclusivamente en euros, la economía y la sociedad dejan de preguntarse por la naturaleza de lo que se produce, por las necesidades que satisface. Se pasa a considerar producción la fabricación de bombas de racimo y no somos capaces de discriminar entre aquellas producciones necesarias para sostener la vida humana y aquellas «producciones» que destruyen la posibilidad de mantenerla.

Para construir una economía adecuada a los seres humanos, la producción tiene que ser una categoría ligada al man-

tenimiento de la vida y al bienestar de las personas[238] y además debe ser compatible con la vocación de los territorios y el ritmo de la naturaleza. Hay producciones que son socialmente necesarias y otras socialmente indeseables, por más duro que resulte decirlo en un momento en el que el empleo está en caída libre. Distinguir entre ambas es imprescindible y los indicadores monetarios al uso no lo permiten.

Segundo mito del fundamentalismo económico: tierra y trabajo sustituibles por capital

Las personas, por ejemplo, nos asombramos del «milagro» de los cultivos bajo plástico. Pero para que nazcan tomates en el desierto hacen falta nutrientes, fosfatos y nitratos que tendrán que ser extraídos en algún lugar; hace falta plástico, un derivado del petróleo; hace falta agua que habrá que extraer de acuíferos, trasvasar de otros lugares o desalar; se necesitan productos químicos fitosanitarios, ya que en el invernadero las condiciones de temperatura y humedad obligan a su uso; y además hace falta trabajo humano penoso y duro, que en los países enriquecidos es realizado mayoritariamente por personas migrantes en condiciones de desprotección y explotación infames.

¿Sustituye, entonces, el capital a la tierra y trabajo? Mientras haya otras tierras a las que comprar a bajo precio la energía, los materiales y la mano de obra semiesclava puede que sí pero, según la humanidad «ha ido llenando el mundo», cada vez quedan menos lugares para seguir expoliando. Los insalvables límites físicos muestran cómo, una vez esquilmados los stocks de materiales y alterados irreversiblemente los procesos naturales, por más que se pague no se puede regenerar lo destruido, al menos en los tiempos medidos a escala humana.

Una vez superados los límites del planeta, la reducción del tamaño de la esfera material de la economía global no es discutible. La llamada pobreza energética que comienza a aflorar también en los países enriquecidos evidencia la inviabilidad de mantener un esquema desigual en el acceso a la energía. Ante el declive y encarecimiento de la energía fósil —en buena

238 Amaia Pérez Orozco, *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*, col. Estudios, 190, CES, Madrid, 2006.

medida sujeta a procesos especulativos— quienes apostamos por sociedades justas e igualitarias, pensamos que obviamente el esfuerzo de austeridad material deberá ser realizado mayoritariamente por los territorios, y dentro de ellos por las personas que sobreconsumen por encima de lo que es posible.

Tercer mito del fundamentalismo económico: producir más es siempre mejor

Cuando se reduce el valor de un bien o un proceso al valor monetario que se le otorga, la única dimensión que crea valor en el mercado es su precio.

El precio de un determinado artefacto o producto no incorpora la inevitable generación de residuos que acompaña a cualquier proceso de transformación, ni tampoco el agotamiento de recursos finitos, ni la explotación de trabajadores y trabajadoras... Si sólo miramos la dimensión que crea valor en el mercado, que es el precio de lo que se compra y se vende, y no restamos en ningún lugar todas las externalidades negativas, lo que se desea es que crezca la producción de lo que sea —sin valorar si es socialmente necesario o no— al máximo posible, aunque a la vez que aumentan los ingresos debidos a dicha producción, también crezcan todos los efectos negativos colaterales que la acompañan. La economía convencional no tiene apenas herramientas para poder medir ese deterioro y celebra cualquier tipo de producción que genera beneficio económico, aunque por el camino se destruya el presente y el futuro de sociedades y ecosistemas.

Así, a base de ignorar el agotamiento y el deterioro de la capacidad de regeneración de la naturaleza y de la necesidad de regenerar cotidianamente la vida humana, es como se ha llegado a construir el dogma intocable de la economía convencional: el que defiende que cualquier crecimiento económico, independientemente de la naturaleza de la actividad que lo sostiene, es positivo en sí mismo, constituyendo la única forma de garantizar el bienestar social.

La necesidad de que la economía crezca sirve de justificación lo mismo para arrebatar derechos laborales, que para destruir el territorio, para eliminar servicios públicos o para reformar el código penal... Y las personas lo tenemos tan incorporado en nuestros esquemas racionales que apenas se escuchan voces críticas que denuncien la falacia y el riesgo de perseguir el crecimiento económico como un fin en sí mismo, sin preguntarse a costa de qué, para satisfacer qué y quién se apropia los beneficios de ese crecimiento.

Razonar exclusivamente en el universo abstracto de los valores monetarios ha cortado los vínculos que conectaban la naturaleza y la vida humana con la economía. Hemos llegado al absurdo de utilizar, de forma absoluta, un conjunto de indicadores que, no solamente no cuentan como riqueza bienes y servicios imprescindibles para la vida, sino que llegan a contabilizar la propia destrucción como si fuera riqueza.

Cuarto mito del fundamentalismo económico: trabajo es sólo lo que se hace a cambio del salario

La nueva economía generó nuevas grietas que seguían partiendo en dos la vida humana y la sociedad. Con el nacimiento de la industria y el proceso de desposesión del campesinado nació el proletariado, una gran masa de personas sin medios de producción que para subsistir se vieron obligados a vender su fuerza de trabajo a los dueños de esos medios de producción.

El trabajo pasó a ser concebido como aquello que se hacía en la esfera mercantil a cambio de un salario, y todas aquellas funciones que se realizaban en el espacio de producción doméstica que garantizaban la reproducción y cuidado de los cuerpos humanos pasaron a no ser nombradas, aunque obviamente seguían siendo imprescindibles tanto para la supervivencia como para fabricar esa «nueva mercancía» que era la mano de obra[239].

De un plumazo se seccionó una parte de la vida social, la que se desarrollaba en el espacio público y visible de lo económico, y se ocultó la otra parte de la existencia que no tenía reflejo en el mundo monetario y que se subordinaba a las lógicas y exigencias de una economía hipertrofiada. La nueva economía transformó el trabajo y la tierra en mercancías y comenzaron a ser tratados como si hubiesen sido producidos para ser vendidos.

239 Cristina Carrasco, «Tiempos y trabajo desde la experiencia femenina», en *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, nº 108, 2009.

La nueva noción del trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y automatismo exigido por la disciplina del trabajo capitalista[240], el cuerpo se convierte en una maquinaria de trabajo. Y su regeneración y reproducción no es responsabilidad de la economía que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, fuera de la mirada pública, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones desvalorizadas a pesar de que sean tan imprescindibles tanto para la supervivencia digna como para el propio mantenimiento de la producción capitalista[241].

La teoría económica postula la existencia de una especie de sujeto abstracto, «Homo economicus», ese ser que cada día concurre a los mercados y compite ferozmente con los demás para satisfacer su propio egoísmo. Supuestamente es en otros ámbitos de la sociedad, fuera de la economía pretendidamente autorregulada y aislada del resto de la vida, en donde se debe asegurar la equidad o el apoyo mutuo.

Pero, paradójicamente, es el espacio mercantil, en el que la solidaridad y el cuidado de la vida están suspendidos, el que organiza el tiempo y el territorio. Tiempo y territorio no son más que naturaleza y vida humana que, bajo esta lógica pasan a estar organizadas en torno a los beneficios. Y, además, es este espacio mercantil, en el que la moral está suspendida, el que puede otorgar derechos económicos y sociales. Es la participación en este espacio el que permite autonomía económica y protección social.

HACIA UNA CULTURA DE LAS SOSTENIBILIDAD

Las dimensiones ecológica y feminista son imprescindibles para transformar la concepción y la gestión del territorio y para reorganizar los tiempos de la gente... Sin ellas, es casi imposible alumbrar un modelo compatible con la biosfera y que trate de dar respuesta a todas las diferentes formas de desigualdad. Ambos enfoques propugnan una producción ligada al mantenimiento de la vida y un modelo de organización económica que coloque esa misma vida en el centro.

240 Silvia Federeci, *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2010.
241 Cristina Carrasco, op. cit.

Esbozamos a continuación, de una forma muy somera, algunas pautas imprescindibles para abordar las imprescindibles transiciones.

El punto de partida es la inevitable reducción de la extracción y presión sobre los ciclos naturales. En un planeta con límites, ya parcialmente sobrepasados, el decrecimiento de la esfera material de la economía global no es una opción. Es sencillamente un dato.

La humanidad va a tener que adaptarse a vivir extrayendo menos de la Tierra, plegándose a lo que su producción cíclica puede dar y generando menos residuos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la lucha por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

Una reducción de la presión sobre la biosfera que se quiera abordar desde una perspectiva que sitúe el bienestar de las personas como prioridad, obliga a plantear un radical cambio de dirección. Obliga a promover una cultura de la suficiencia y de la autocontención en lo material, a apostar por la relocalización de la economía y el establecimiento de circuitos cortos de comercialización, a restaurar una buena parte de la vida rural, a disminuir el transporte y la velocidad, a acometer un reparto radical de la riqueza y a situar la reproducción cotidiana de la vida y el bienestar en el centro del interés.

Abandonar la lógica androcéntrica y biocida obliga a responder a las preguntas ineludibles: ¿Qué necesidades hay que satisfacer para todas las personas? ¿Cuáles son las producciones necesarias y posibles para que se puedan satisfacer? ¿Cuáles son los trabajos socialmente necesarios para ello?

Se trata de buscar nuevas formas de socialización, de organización social y económica que permitan librarse de un modelo de desarrollo que prioriza los beneficios monetarios sobre el mantenimiento de la vida.

Cambiar el modelo de producción

Para convertir a la producción en una categoría ligada al mantenimiento de la vida, es preciso repensar qué se produce, cómo y cuánto se produce. Será preciso promover aquellas

actividades y sectores que generen bienes y servicios de forma compatible con la conservación de los ecosistemas. La agroecología, la pesca sostenible, la rehabilitación energética de la edificación, las energías renovables, el transporte público o los servicios sociocomunitarios públicos pueden ser algunos de estos sectores socialmente necesarios a impulsar.

Sobre la forma de producir, Riechmann expone que la economía de la naturaleza es «cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable en términos humanos: la energía solar en sus diversas manifestaciones (que incluye, por ejemplo, el viento y las olas). En esta economía cíclica natural cada residuo de un proceso se convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran»[242].

Así, de cara a favorecer el cierre de ciclos de materiales en el proceso económico-productivo, además de registrarse los costes de la extracción y del manejo de los minerales de la corteza terrestre, también deben *consignarse los costes de reposición*, es decir de transformación de los residuos en recursos naturales ya que, de lo contrario, se favorece el deterioro del patrimonio natural[243].

Se podría intervenir en otras esferas de cara a incentivar el cambio del modelo de producción. Un ejemplo sería el establecimiento de una *fiscalidad orientada con criterios ecológicos y sociales*, con el fin de cambiar la base de unos impuestos, que tributan en base al valor añadido mercantil, hacia unos que fiscalizaran el flujo material de producción: el que se produce desde la extracción de recursos hasta su posterior vuelta como residuos, pasando por su uso como insumos productivos.

Otras líneas de cambio serían, el establecimiento de *circuitos cortos de comercialización*, pues en un mundo con las fuentes energéticas de origen fósil en declive y con una urgente necesidad de reducir emisiones de gases de efecto invernadero, la producción y la distribución de proximidad serán una necesidad.

242 Jorge Riechmann, *Biomímesis: ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. La Catarata, Madrid, 2005.
243 José Manuel Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: Más allá de los dogmas*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

Además, en este ámbito, también resulta esencial exigir el *principio de precaución*, de forma que ni se comercialicen ni se difundan tecnologías o productos, sin que se haya demostrado, de forma convincente, que no son nocivos para el medio y para las personas. En la actualidad más bien ocurre lo contrario, ya que las «innovaciones» que se imponen, se presuponen inocuas, hasta que no se demuestre lo contrario.

No sólo basta saber qué y cómo producir. Es preciso también fijarse en cuánto es posible producir. En este sentido, es importante introducir *políticas de gestión de la demanda*, encaminadas a reducir el consumo en focos y sectores sociales que sobreconsumen, de forma que se logre una reducción neta de la cantidad de materiales y residuos que, hoy, pone en juego el metabolismo económico.

Además, es preciso reformar los sistemas de contabilidad nacional, de modo que se incorporen estadísticas y análisis basadas en indicadores que den cuenta del territorio y del tiempo de las personas. La economía ecológica ha trabajado en la propuesta de indicadores que tienen que ver con la dimensión biogeofísica y desde la economía feminista se ha incidido de una forma acentuada sobre la organización del tiempo.

Reorganización del modelo de trabajo

Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica y son éstos los momentos en los que hablar de actividades económicas no deseables es más duro. Sin embargo, si atendemos a los límites del planeta y al bienestar humano, es urgente hablar de ello.

Los empleos en sectores o actividades que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales nucleares, el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria, no deben mantenerse. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración y fuertes coberturas sociales públicas que permitan transiciones justas hacia otro modelo productivo.

Pero, cara a reconfigurar el modelo de trabajo, es sobre todo preciso incorporar, visibilizar y dar valor a todos los trabajos,

también a los no remunerados e imprescindibles para el bienestar humano. Es preciso reconocer como trabajo aquel que permite la reproducción social en el ámbito de los hogares, y no basta que este trabajo se reconozca como importante, la clave es trastocar el modelo de división sexual del trabajo propio del patriarcado y repartirse entre mujeres y hombres.

La aportación feminista en el terreno de la teoría y de la práctica política en este campo es enorme y se trata de un tema profundamente trabajado en otros capítulos de esta misma publicación.

Igualdad y distribución de la riqueza

En un planeta físicamente limitado, en el que un crecimiento económico ilimitado no es posible, la justicia se relaciona directamente con la distribución y reparto de la riqueza. Si no es posible extender los niveles de consumo material medio de las personas del Norte global a todas las que habitan el mundo, el acceso a niveles de vida dignos de una buena parte de la población pasa, tanto por una reducción drástica de los consumos de aquellos que más presión material ejercen sobre los territorios con sus estilos de vida, como por una redistribución justa de la riqueza.

Rentas mínimas, rentas máximas, una fiscalidad progresiva... La política económica ha desarrollado múltiples instrumentos para repartir la riqueza (tierra, trabajo y capital) que están absolutamente vigentes en el momento actual.

Reducir las desigualdades, cuando no es deseable ni posible ampliar la esfera material de la economía, nos lleva a un debate central: el de la propiedad. En una cultura de la sostenibilidad habría que diferenciar, por ejemplo, entre la propiedad ligada al uso de la vivienda o el trabajo de la tierra, de la ligada a la acumulación, y poner coto a la última.

Participar y alentar la participación en las experiencias alternativas

Durante los últimos años han proliferado múltiples experiencias que intentan ensayar modos alternativos de producir, cuidar o distribuir, de gestionar la propiedad, de financiar proyectos y a colectivos... Las personas organizadas en cooperativas de consumo agroecológico en todo el estado se cuentan

por miles; existen cooperativas de servicios financieros como Coop 57 o Fiare, que ya cuentan con más de 15 años de vida y con unas cantidades de dinero prestado nada despreciables; existen redes de cuidados compartidos que resuelven necesidades de atención a niños y niñas; residencias de mayores autogestionadas basadas en el apoyo mutuo; proyectos de cooperativas integrales y mercado social: medios de comunicación alternativos; software libre que ha sido capaz de plantarle cara a Microsoft...

Estas experiencias son laboratorios sociales, a la vez que satisfacen las necesidades concretas de quienes participan en ellas. Alentar estos proyectos, aunque sean pequeños y no supongan una alternativa global, es muy importante porque además preparan a las personas y colectivos para disputar el poder en todos los ámbitos.

Cambiar los imaginarios colectivos

Si partimos de la hipótesis de que, aunque incompletas, disponemos de ciertas propuestas y directrices para comenzar a ensayar transiciones socioecológicas hacia otro modelo de economía y organización social, nos enfrentamos a un problema para el que, sin embargo, nos encontramos en una situación de inmadurez preocupante. Nos encontramos ante una situación de enorme debilidad en la respuesta social. Existe una enorme distancia entre la dureza de la ofensiva neoliberal y la creciente, pero aún embrionaria, movilización social, un enorme desnivel entre la brutalidad de los ajustes que vivimos y la capacidad para hacerles frente. Hoy nos falta poder político para forzar las transiciones. Y para conseguirlo es preciso que amplias mayorías se libren de un modelo de pensamiento que fuerza al naufragio antropológico.

El difícil reto es conseguir que las personas deseen esta transición. No hay atajos y el trabajo colectivo en instituciones, redes y organizaciones ciudadanas de todo tipo es imprescindible. Se trata de una tarea de pedagogía popular a realizar casi puerta a puerta. Para poder cambiar, necesitamos desvelar los mitos y ficciones y componer otro relato cultural más armónico con la consistencia humana.

Es una obligación realizar, como señala Castoriadis, un ejercicio de creatividad en los imaginarios de un calado sin

comparación con ningún otro momento histórico. Es preciso reinventarnos y colocar en el centro de la sociedad otros objetivos que sustituyan a la expansión de los beneficios y del consumo como motores de cambio.

Son necesarios los cambios por arriba y por abajo y debemos ser conscientes de las falsas dicotomías que también pueblan el panorama de los movimientos político-sociales. En nuestra opinión la autoorganización no se contrapone con la representación. Los proyectos locales y autogestionados firmemente anclados en los territorios, son vulnerables si no se actúa también en la escalas macro. Un proyecto productivo agroecológico consolidado, por ejemplo, puede destruirse si se ponen en marcha prospecciones petrolíferas o proyectos de fractura hidráulica en algún territorio cercano. También es cierto, que las transformaciones en el ámbito institucional, sin «pueblo» que las defienda y presione para conseguirlas son poco probables.

En cada encrucijada de este camino, ante cada duda, convendrá preguntarse qué piensa el feminismo. Tenemos un grave problema de espacio y tiempo y el movimiento feminista ha pensado mucho sobre ambos temas. Hoy, regenerar la sociedad y la democracia requiere valorar la experiencia, aquello «sabido no pensado»[244] que forma parte del bagaje aprendido en los márgenes que la sociedad patriarcal obligó a ocupar a las mujeres.

En nuestra opinión, el diálogo entre la economía ecológica y la feminista resignifica el propio concepto de sostenibilidad que pasa a ser, tal y como señalan Hernando y Bosch[245] , «un proceso que no sólo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe —en términos humanos, sociales y ecológicos—, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para toda la población. Sostenibilidad que supone, pues, una relación armónica entre humanidad y naturaleza, y entre humanas y humanos. En consecuencia, será imposible hablar de sostenibilidad si no va acompañada de equidad».

244 Almudena Hernando, op. cit.

245 Anna Bosch, Cristina Carrasco y Elena Grau, «Verde que te quiero violeta», op. cit.

Después de estas reflexiones queda al fin un interrogante esencial: ¿Seremos capaces de forzar estas transiciones?

¿Podría producirse este cambio cultural en un mundo asentado estructuralmente en el capitalismo y el patriarcado? ¿Tenemos tiempo para este cambio?

A falta de certezas, no nos queda otra que intentarlo.